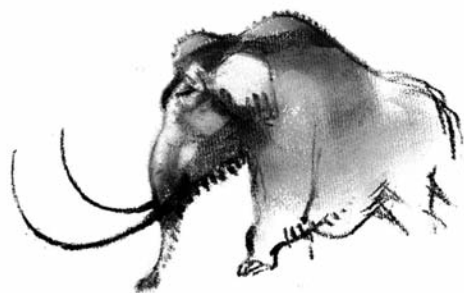


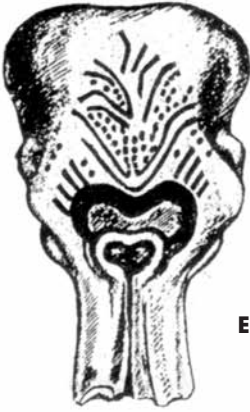
JEAN M.
AUDEL

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

LOS CAZADORES
DE MAMUTS



MAEVA



TAMBOR
cráneo de mamut
Mezhirch (Ucrania)

INSTRUMENTO MUSICAL

con distintos tonos,
hueso, paleta de mamut.
Mezin (Ucrania)



ESCUPTURA DE CABALLO

marfil de mamut, Lourdes





DOS FIGURAS DE MUJER-PÁJARO
marfil de mamut, Mezin



FIGURA DE MADRE
marfil de mamut
Kostienki (Ucrania)

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

EUROPA PREHISTÓRICA DURANTE LA ERA GLACIAL

Límite del hielo y cambio en las costas
alrededor del año 10.000, divisor de eras.

Rumbo del deshielo durante el
Pleistoceno Superior, entre 35.000
y 25.000 años antes de nuestra era.

TERRITORIO DE LOS MAMUTOS CAMPAMENTO DE INVIERNO

CAZA DEL MAMUT

CAMPAMENTO DEL ÁMBAR

CAMPAMENTO DEL MAMUT

CAMPAMENTO DEL LEÓN

CAMPAMENTO DEL LOBO

CAMPAMENTO DEL LEÓN

Zona de entrada: almacenamiento de combustible, utensilios y vestimentas exteriores.

PRIMER HOGAR: fogata para cocinar y espacio para reuniones

SEGUNDO: *Hogar del León*

Talut, jefe

Nezzie

Danug

Latie

Rugie

Rydag

TERCERO: *Hogar del Zorro*

Wymez

Ranec

CUARTO: *Hogar del Mamut*: espacio para ceremonias, reuniones, proyectos, visitantes

Mamut-chamán

Ayla

Jondalar

QUINTO: *Hogar del Reno*

Manuv

Tronie

Tornec

Nuvie

Hartal

Bectie

SEXTO: *Hogar de la Cigüeña*

Crozie

Fralie

Frebec

Crisavec

Tasher

SÉPTIMO: *Hogar del Uro*

Tulie, jefa

Barzec

Deegie

Druwez

Brinan

Tusie

(Tarneg)

CAPÍTULO 1

Ayla, temblando de miedo, se estrechó contra el hombre alto que la acompañaba, en tanto los desconocidos se aproximaban. Jondalar la rodeó protectoramente con un brazo, pero ella seguía estremecida.

«¡Es tan grande!», pensó ella boquiabierta, mirando al hombre que precedía al grupo; tenía el pelo y la barba de color fuego. Ayla nunca había visto a nadie tan grande. Hasta Jondalar parecía pequeño en comparación, aunque lo cierto es que era mucho más alto que la mayoría. El pelirrojo que se acercaba a ellos no era sólo alto: era enorme, un oso humano. Tenía el cuello abultado; su tórax era más amplio que el de dos hombres comunes y sus macizos bíceps equivalían al muslo de cualquier persona.

Ayla echó un vistazo a Jondalar y no vio miedo alguno reflejado en su cara, pero notó que sonreía con cautela. Le eran desconocidos; en sus largos viajes había aprendido a ser cauteloso con los desconocidos.

–No recuerdo haberte visto antes –dijo el hombrón, sin preámbulos–. ¿De qué campamento eres?

Ayla se dio cuenta de que no hablaba el idioma de Jondalar, sino uno de los otros que él le había estado enseñando.

–De ninguno –dijo Jondalar–. No somos mamutoi –soltó a Ayla y dio un paso adelante, extendidas ambas manos con las palmas hacia arriba para mostrar que no ocultaba nada, en saludo de amistad–. Soy Jondalar de los zelandonii.

Las manos no le fueron aceptadas.

–¿Zelandonii? Qué extraño... Espera, ¿no había dos forasteros hospedados en ese pueblo del río que vive hacia el oeste? Creo haber oído un nombre parecido.

–Sí, mi hermano y yo vivíamos con ellos –admitió Jondalar.

El hombre de la barba flamígera permaneció pensativo un rato. Después, inesperadamente, se lanzó hacia Jondalar y estrechó al rubio alto con un abrazo capaz de quebrarle los huesos.

–¡Entonces somos parientes! –tronó, con una amplia sonrisa que confirió calidez a su expresión–. ¡Tholie es hija de mi prima!

La sonrisa volvió a Jondalar, algo trémula.

–¡Tholie! Una mujer mamutoi llamada Tholie era familiar de mi hermano. Ella me enseñó tu idioma.

–¡Por supuesto, ya te lo he dicho! ¡Somos parientes! –El gigante cogió las manos de Jondalar, rechazadas antes–. Soy Talut, jefe del Campamento del León.

Ayla notó que todo el mundo sonreía. Talut le mostró los dientes en una sonrisa y la observó apreciativamente.

–Veo que ahora no viajas con tu hermano –dijo el hombre.

Jondalar volvió a rodearla con un brazo; ella vio cómo aparecía en su frente una fugaz arruga de dolor antes de hablar.

–Se llama Ayla.

–Nombre extraño. ¿Es del pueblo del río?

Jondalar quedó sorprendido por la brusquedad de la pregunta, pero, al recordar a Tholie, sonrió para sus adentros. La mujer baja y fornida que él conocía guardaba muy poco parecido con ese hombre enorme que tenía ante sí, en la ribera, pero ambos estaban tallados del mismo pedernal: mostraban idéntica franqueza, el mismo candor nada tímido, casi ingenuo. No supo qué decir. No sería fácil explicar lo de Ayla.

–No. Ha estado viviendo en un valle, a varias jornadas de aquí.

Talut pareció desconcertado.

–No sé de ninguna mujer llamada así que viva en la zona. ¿Estás seguro de que es mamutoi?

–Estoy seguro de que no lo es.

–Entonces ¿de qué pueblo es? Sólo nosotros, los cazadores del mamut, vivimos en esta región.

–No tengo pueblo –dijo Ayla, levantando el mentón con aire de desafío.

Talut la estudió intrigado. Ella había pronunciado aquellas palabras en su idioma, pero la cualidad de su voz, el modo de pronunciar los sonidos, eran... extraños. Desagradables no, pero sí desacostumbrados. Jondalar hablaba con el acento de un idioma que no era el suyo, pero la diferencia en el modo de hablar de la mujer iba más allá del acento. El hombrón sintió aguzado su interés.

–Bueno, éste no es sitio para hablar –dijo, por fin–. Nezzie desatará sobre mí la ira de la Madre misma si no os invito a visitarnos. Los visitantes siempre traen un poco de entusiasmo y hace tiempo que no tenemos visitas. El Campamento del León os dará la bienvenida. Jondalar de los zelandonii y Ayla sin Pueblo, ¿queréis venir?

–¿Qué te parece, Ayla? ¿Te gustaría visitarlos? –preguntó Jondalar, hablando en zelandonii para que ella pudiera responder con franqueza, sin temor a ofender–. ¿No es hora de que conozcas a tu propia gente? ¿No es eso lo que Iza te indicó que hicieras? ¿Buscar a tu pueblo?

No quería parecer demasiado ansioso, pero llevaba mucho tiempo sin conversar con nadie más y le seducía aquella visita.

–No sé –dijo ella, frunciendo el ceño, indecisa–. ¿Qué pensarán de mí? Él ha querido saber cuál era mi pueblo. Yo no tengo pueblo. ¿Y si no les gusto?

–Les gustarás, Ayla, créeme. Sé que sí. Talut te invitó, ¿verdad? A él no le molestó que no tuvieras pueblo. Además, no podrás saber si te aceptan o si te gustan a menos que les des una oportunidad. Con gente como ellos debiste de haberte criado, ¿sabes? No es necesario que nos quedemos por mucho tiempo. Podremos marcharnos cuando queramos.

–¿Podremos marcharnos cuando queramos?

–Por supuesto.

Ayla bajó la vista al suelo, tratando de decidirse. Quería ir, pues se sentía atraída hacia ellos y experimentaba cierta curiosidad por conocerlos mejor. Pero también sentía un apretado nudo de miedo en el estómago. Al levantar la vista, vio a los dos desmelenados caballos de la estepa que pastaban la jugosa hierba de la llanura, cerca del río. Su temor se intensificó.

–¿Y qué haremos con Whinney? ¿Y si ellos quieren matarla? ¡No puedo permitir que nadie haga daño a Whinney!

Jondalar no había pensado en la yegua. ¿Qué diría aquella gente?

–No sé qué harán, Ayla, pero no creo que la maten si les decimos que es algo especial, que no se debe comer. –Recordó su sorpresa y su sobrecogimiento inicial al descubrir la relación de Ayla con el animal. Sería interesante ver cómo reaccionaban ellos–. Se me ocurre una idea.

Talut no comprendía lo que Ayla y Jondalar estaban diciendo, pero sabía que la mujer se mostraba reacia y que el hombre estaba tratando de convencerla. También notó que ella hablaba aquel otro idioma con el mismo acento raro. El jefe sacó la conclusión de que era el idioma del hombre, pero no el de ella.

Estaba cavilando sobre el enigma de la mujer (con cierto deleite, pues disfrutaba con lo nuevo y extraño, y lo inexplicable le parecía un desafío) cuando el misterio cobró una dimensión totalmente distinta. Ayla emitió un silbido alto y agudo. De pronto, una yegua pajiza y un potrillo de pelaje pardo, de rara intensidad, galoparon hacia el grupo, en dirección a la mujer. ¡Y permanecieron quietos mientras ella los tocaba! El hombrón reprimió un escalofrío de respeto religioso. Aquello iba más allá de cuanto él conocía.

«¿Será Mamut?», se preguntó con mayor aprensión. Alguien con poderes especiales. Muchos de los que Servían a la Madre aseguraban poseer magia para llamar a los animales y dirigir la caza, pero él nunca había visto a nadie que dominara de ese modo a las bestias, al punto de hacerlas acudir a una señal. Ella tenía un talento inigualable. Resultaba un poco atemorizante, pero ¡cuánto podía beneficiarse un campamento con semejantes poderes! Cazar sería más fácil.

Talut apenas comenzaba a reponerse de su sorpresa cuando la joven le causó otra. Prendida a las rígidas crines de la yegua, saltó a

lomos del animal y se sentó a horcajadas. La boca del hombrón se abrió a impulsos de la estupefacción que le embargaba, al ver que la yegua, con Ayla sobre el lomo, galopaba a orillas del río. Seguidas por el potrillo, ambas corrieron por la cuesta hasta las estepas. La maravilla reflejada en los ojos de Talut podía observarse también en el resto del grupo, sobre todo en una niña de doce años, que se adelantó hacia el jefe, recostándose contra él como si buscara apoyo.

—¿Cómo ha hecho eso, Talut? —preguntó, con la vocécita llena de asombro, respeto y algo de ansiedad—. Aquel caballito estaba tan cerca que casi hubiera podido tocarlo.

La expresión de Talut se ablandó.

—Tendrás que preguntárselo a ella, Latie. O tal vez a Jondalar —dijo, volviéndose hacia el alto desconocido.

—Yo mismo no estoy seguro —replicó éste—. Ayla mantiene una comunicación especial con los animales. Crió a Whinney desde que era una potrilla.

—¿Whinney?

—Es el nombre que ha dado a la yegua, tal como yo puedo pronunciarlo. Cuando lo dice ella, parece como si fuera un caballo. El potrillo se llama Corredor. El nombre se lo puse yo, ella me lo pidió. Así llamamos los zelandonii a quien corre mucho; también al que se esfuerza por ser el mejor. La primera vez que vi a Ayla, estaba ayudando a la yegua a parir el potrillo.

—¡Vaya espectáculo! Nunca creí que una yegua dejara acercarse a nadie en ese momento —dijo uno de los hombres.

La demostración tuvo el efecto que Jondalar esperaba. Entonces le pareció el momento adecuado de sacar a relucir los temores de Ayla.

—Creo que ella querría visitar tu campamento, Talut, pero teme que vosotros deis caza a sus caballos y, como no tienen miedo a la gente, sería muy fácil matarlos.

—Parece haber adivinado lo que yo estaba pensando, pero ¿quién no lo haría?

Talut observó a Ayla, que reaparecía a la vista como un extraño animal, mitad humano y mitad caballo. Era una suerte no haberlos visto de improviso; se habría sentido... enervado. Por un momento se preguntó cuál sería su aspecto a lomos de su caballo, cuando ya de por sí resultaba imponente. De inmediato, al imaginarse a horcajadas de un caballo de la estepa, fuerte pero bajo, soltó una estrepitosa carcajada.

—Sería más fácil que yo llevara a esa yegua que conseguir que ella me llevara a mí! —observó.

Jondalar rio entre dientes. No era difícil seguir el pensamiento de Talut. Algunos sonrieron o rieron por lo bajo, y el forastero comprendió que todos habían estado pensando en montar. Lo cual no era sorprendente. También se le ocurrió a él, cuando vio por primera vez a Ayla a lomos de Whinney.

Ayla observó la expresión de sobresaltada sorpresa en los rostros del grupo. De no haber sido porque Jondalar la estaba esperando, habría seguido galopando hasta llegar a su valle. Había conocido demasiada reprobación en su niñez por actos considerados inaceptables; y demasiada libertad más adelante, mientras vivía sola, como para someterse a las críticas por seguir sus propias inclinaciones. Estaba dispuesta a decir a Jondalar que, si deseaba visitar a aquella gente, lo hiciera, porque ella regresaba al valle.

Pero al volver vio que Talut aún reía por lo bajo, imaginándose montado en la yegua. Entonces lo pensó mejor. La risa se había convertido en algo precioso para ella. En los tiempos vividos con el clan no se le había permitido reír, pues eso ponía a la gente nerviosa e incómoda. Sólo con Durc, en secreto, había podido reír con ganas. Fueron Bebé y Whinney los que le enseñaron a disfrutar de la sensación de la risa. Pero Jondalar había sido la primera persona que la compartió abiertamente con ella.

Contempló a su compañero, que reía tranquilamente con Talut. Él levantó la vista con una sonrisa, y la magia de sus ojos vívidos, increíblemente azules, tocaron dentro de ella un punto muy hondo, que resonó con un fulgor cálido y cosquilleante; Ayla sintió un gran impulso de amor hacia Jondalar. No podía volver al valle sin él. La mera idea de vivir sin Jondalar le presionaba la garganta, ahogándola, lastimándola con el dolor ardiente de las lágrimas contenidas.

Mientras cabalgaba hacia ellos notó que, si bien Jondalar no era tan corpulento como el pelirrojo, tenía casi la misma altura que los otros tres hombres y una complexión más atlética. De pronto notó que uno de los otros era todavía un adolescente. Y quien les acompañaba, ¿era una niña? Se sorprendió a sí misma observando subrepticamente al grupo, tratando de no clavar la vista en él.

Los movimientos de su cuerpo indicaron a Whinney que debía detenerse; pasó la pierna por encima del lomo y se deslizó al suelo. Ambos caballos parecieron ponerse nerviosos ante la proximidad de Talut; entonces ella acarició a Whinney y rodeó con el brazo el cuello de Corredor. Necesitaba la presencia familiar y tranquilizadora de los animales tanto como ellos la suya.

—Ayla sin Pueblo... —dijo el jefe. No estaba seguro de que fuera un modo correcto de llamarla; sin embargo, dado el extraño talento de aquella mujer, bien podía serlo—. Jondalar dice que temes el daño que puedan sufrir tus caballos si nos visitas. Digo aquí que, en tanto Talut sea el jefe del Campamento del León, ni la yegua ni su cría sufrirán daño alguno. Me gustaría que vinieras y trajeses a los animales. —Su sonrisa se ensanchó en una carcajada—. ¡De lo contrario, nadie nos creería!

Ayla se sentía ya más tranquila al respecto, y sabía que Jondalar deseaba hacer esa visita. No tenía verdaderos motivos para negarse y le atraía la risa fácil y amistosa del corpulento pelirrojo.

—Sí, yo voy —dijo.

Talut asintió, sonriendo. Le intrigaban aquella mujer, su acento y su asombrosa manera de entenderse con los caballos. ¿Quién era Ayla, la mujer sin Pueblo?

Ayla y Jondalar, acampados junto al impetuoso río, habían decidido aquella mañana, antes de encontrarse con el grupo del Campamento del León, que ya era tiempo de retornar. El curso del agua era demasiado grande para cruzarlo sin dificultad; tampoco valía la pena, si pensaban dar la vuelta y desandar el camino. La estepa, al este del valle en donde Ayla había vivido sola durante tres años, era más accesible, pero la joven no se había molestado en recorrer con frecuencia el dificultoso sendero que salía del valle, hacia el oeste; por lo tanto, conocía muy poco aquella zona. Aunque en un principio partieron con rumbo hacia el oeste, no se habían fijado meta alguna y acabaron viajando hacia el norte; después, hacia el este, mucho más allá del territorio que Ayla había recorrido en sus cacerías.

Jondalar la convenció para que efectuara la exploración con él, a fin de acostumbrarla a viajar. Quería llevarla consigo, pero su patria estaba lejos, hacia el oeste. Ella se había mostrado reacia; le asustaba abandonar su valle seguro para vivir con gente desconocida, en un lugar extraño. Aunque él estaba deseoso de regresar, después de haber estado viajando durante tantos años, se había resignado a pasar el invierno con ella, en el valle. El viaje de retorno sería largo; bien podía durar un año entero, y era preferible, de todos modos, partir a finales de primavera. Estaba seguro de que, para entonces, la habría convencido de que le acompañara. Ni siquiera deseaba pensar en cualquier otra alternativa.

Ayla le había encontrado malherido, casi muerto, al iniciarse la estación calurosa que ahora está declinando; Ayla comprendió enseñada la tragedia que él había sufrido. Se enamoraron mientras ella le devolvía la salud, aunque tardaron mucho en superar las barreras de sus culturas, tan distintas. Todavía se hallaban cada uno de ellos en la fase de aprender las costumbres y los usos del otro.

Ayla y Jondalar terminaron de levantar el campamento y, para sorpresa e interés de los que esperaban, cargaron sus provisiones y equipos en la yegua, en vez de llevarlos a la espalda en sacos o armazones. A veces montaban los dos en la fuerte yegua, pero Ayla pensó que Whinney y su potrillo se pondrían menos nerviosos si la tenían a la vista. Los dos caminaron tras el grupo; Jondalar llevaba a Corredor con una larga sogá, atada a un freno que él mismo había inventado. Whinney seguía a Ayla sin necesidad de guía alguna.

Siguieron durante varios kilómetros el curso del río, cruzando un ancho valle que descendía desde los prados circundantes. La hierba enhiesta les llegaba hasta el pecho, con las semillas maduras cabeceando al viento, henchido en olas doradas que seguían el frío ritmo de las ráfagas caprichosas, provenientes de los grandes glaciares del norte.

Unos cuantos pinos y abedules, retorcidos y nudosos, se acurrucaban en las estepas abiertas a lo largo de los ríos, buscando con las raíces la humedad cedida a los vientos agostadores. Cerca del río, los juncos aún estaban verdes, aunque el viento helado repiqueteaba entre las ramas caducas, desprovistas de follaje.

Latie se retrasaba para echar, de vez en cuando, un vistazo a los caballos y a la mujer; por fin divisaron a varias personas más allá de un meandro. Entonces la niña echó a correr, pues quería ser la primera en anunciar a los visitantes. Ante sus gritos, la gente se volvió y quedó boquiabierta.

Otras personas estaban saliendo de algo que, a los ojos de Ayla, semejaba un gran agujero en la ribera, una especie de cueva, pero distinta de cuantas había visto hasta entonces. Parecía haber brotado en la cuesta que descendía hacia el río, pero no tenía la forma desigual de la roca o las barracas de tierra. Sobre el techo crecía la hierba, pero la abertura era demasiado regular y tenía un aspecto extraño, antinatural. Se trataba de un arco perfectamente simétrico.

De pronto, en un profundo plano emocional, se dio cuenta de algo. ¡No era una cueva y aquella gente no era del clan! No eran como Iza, la única madre que ella podía recordar, ni como Creb o Brun, bajos y musculosos, de ojos grandes, sombreados por tupidas cejas, con la frente inclinada hacia atrás y una mandíbula prominente sin barbilla. Aquellas personas eran como ella, como la que le diera el ser. Su madre, su verdadera madre, debía de haberse parecido a aquellas mujeres. ¡Eran los Otros! ¡Ése era su lugar! Aquella apreciación le provocó un arrebató de entusiasmo y un cosquilleo de miedo.

Un aturdido silencio saludó a los forasteros y a sus extrañísimos caballos cuando llegaron a la residencia invernal permanente del Campamento del León. De pronto, todos parecieron hablar al mismo tiempo.

—¡Talut! ¿Qué nos has traído ahora?

—¿De dónde sacasteis esos caballos?

—¿Qué les habéis hecho?

Alguien se dirigió a Ayla:

—¿Cómo haces para que no se vayan?

—¿De qué campamento son, Talut?

Aquella gente ruidosa y gregaria se adelantó en grupo, ansiosa de ver y tocar tanto a los forasteros como a los animales. Ayla quedó abrumada y confusa. No estaba acostumbrada a tanta gente, así como tampoco estaba acostumbrada a oír hablar, sobre todo a que todos hablaran al mismo tiempo. Whinney se iba apartando de costado, moviendo las orejas y con el cuello arqueado, tratando de proteger a su aterrado potrillo, intimidado por la gente que se apretujaba en torno.

Jondalar notó la confusión de Ayla y el nerviosismo de los caballos, pero no podía dárselo a entender a Talut y a los suyos. La yegua sudaba y agitaba la cola, moviéndose en círculos. De pronto, no pudo

soportarlo más y se encabritó, relinchando de miedo; sus duros cascos, lanzados por el aire, echaron a la gente hacia atrás.

La inquietud de Whinney centró la atención de Ayla. La llamó por su nombre, con un sonido que era como un relincho consolador, haciendo los gestos de que se había servido para comunicarse antes de que Jondalar le enseñara a hablar.

—¡Talut! Nadie debe tocar a los caballos a menos que Ayla lo permita. Sólo ella sabe dominarlos. Son mansos, pero la yegua puede mostrarse peligrosa si se la provoca o si cree que su hijo corre algún riesgo. Podría lastimar a alguien —advirtió Jondalar.

—¡Atrás! Ya habéis oído —gritó Talut, con voz tonante, haciendo callar a todos. Cuando gente y caballos se tranquilizaron, continuó, con voz más normal—: La mujer se llama Ayla. La he prometido que los caballos no sufrirán daño alguno si venían a visitarnos. Lo prometí como jefe del Campamento del León. Éste es Jondalar de los zelandonii, pariente, hermano del compañero de Tholie. —Por fin, con una sonrisa de satisfacción, agregó—: ¡Qué visitantes ha traído Talut!

Hubo gestos de asentimiento. Todos permanecieron en derredor, mirando con auténtica curiosidad, pero lo bastante lejos como para evitar los cascos de la yegua. Aunque los forasteros se hubieran marchado en ese momento, ya habían provocado el interés y los comentarios se prolongarían durante años. En las Reuniones de Verano se había hablado de dos hombres desconocidos que estaban en la región, viviendo con la gente del río, al sudoeste. Los mamutoi comerciaban con los sharamudoi y desde que Tholie, que era pariente suya, había elegido a un hombre del río, el Campamento del León se había interesado aún más. Pero nadie esperaba que uno de los forasteros llegara a su campamento, y mucho menos con una mujer que tenía cierto dominio mágico sobre los caballos.

—¿Te sientes bien? —preguntó Jondalar a Ayla.

—Asustaron a Whinney y también a Corredor. ¿Suele la gente hablar siempre así, todos al mismo tiempo? ¿Hombres y mujeres a la vez? Es turbador. Y gritan tanto... ¿Cómo distingues lo que alguien está diciendo? Tal vez hubiera sido mejor haber vuelto al valle.

Estaba abrazada al cuello de su yegua, apoyada contra el animal, obteniendo consuelo al tiempo que lo brindaba. Jondalar comprendió que Ayla estuviera tan inquieta como los caballos. Aquella multitud ruidosa le había causado una fuerte impresión. Quizá no conviniera quedarse demasiado tiempo; quizá fuese mejor comenzar con dos o tres personas tan sólo, hasta que se acostumbrara a estar entre gente como ella. Pero se preguntó qué cabría hacer si no se habituaba jamás. Bueno, por el momento estaban allí. Ya se vería cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—A veces las personas hablan alto y todas a un tiempo, pero, en general, habla una sola. Y creo que ahora pondrán más cuidado con los caballos, Ayla —dijo, mientras ella comenzaba a descargar los cestos

sujetos a los flancos del animal por medio de un arnés que había hecho con tiras de cuero.

Mientras tanto, Jondalar llevó a Talut a un lado para decirle, en voz baja, que tanto Ayla como los caballos estaban un poco nerviosos y necesitaban tiempo para acostumbrarse a todos.

—Sería mejor que, por un rato, los dejaran solos.

Talut, comprensivo, caminó entre los miembros del campamento, conversando con unos y otros. Todos se dispersaron para ocuparse de distintas tareas: preparar la comida, trabajar con cueros o herramientas; así podían observar con cierto disimulo. Ellos también estaban intranquilos. Los forasteros eran interesantes, pero una mujer capaz de magia tan poderosa podía hacer algo inesperado.

Sólo unos cuantos niños se quedaron a observar con ávido interés, mientras ellos descargaban los fardos. A Ayla no le molestaban. Llevaba años enteros sin ver un niño, desde que se separara del clan, y sentía tanta curiosidad como ellos. Liberó a Corredor del arnés y de la brida; luego dio a los dos animales unas palmaditas a modo de caricias. Después de rascar con ganas al potrillo y abrazarlo afectuosamente, levantó la vista. Latie miraba con avidez al potro.

—¿Tú quieres tocar caballo? —preguntó Ayla hablando con dificultad el idioma de los mamutoi.

—¿Podría?

—Ven. Dame mano. Yo muestro.

Cogió la mano de Latie y la sostuvo contra el apelmazado pelo de invierno del potro. Corredor giró la cabeza para olfatear a la niña y la tocó con el hocico. La sonrisa de gratitud de Latie era todo un regalo.

—¡Le gusto!

—Él gusta que rasquen también. Así —observó Ayla, indicando a la criatura los lugares donde mayor comezón sentía el potrillo.

Corredor estaba encantado con aquellos mimos y no dejó de demostrarlo; Latie no cabía en sí de alegría. El potrillo la había atraído desde un principio; Ayla les volvió la espalda para ayudar a Jondalar; no vio, pues, que se aproximaba otro niño. Cuando giró en redondo, ahogó una exclamación: sintió que su rostro se demudaba.

—¿No importa si Rydag toca al caballo? —preguntó la niña—. No sabe hablar, pero yo sé que lo desea.

Rydag siempre provocaba sorpresa en la gente, y ella lo sabía.

—¡Jondalar! —llamó Ayla, con un susurro ronco—. Esa criatura. ¡Podría ser mi hijo! ¡Parece Durc!

Él, al volverse, abrió los ojos con atónita sorpresa. Era un niño de espíritus mezclados.

Los cabezas chatas (aquellos a los que Ayla siempre llamaba «el clan») eran, para casi todos, animales; los niños como aquél eran considerados por la mayoría como «abominaciones», mitad animales, mitad humanos. Para él había sido un desagradable golpe enterarse de que Ayla había dado a luz a un hijo híbrido. Por lo común, la madre

de semejante criatura era una paria, descartada por miedo a que atrajera otra vez al maligno espíritu animal, haciendo que otras mujeres alumbraran nuevas abominaciones. Algunos ni siquiera querían admitir que existían; descubrir a uno viviendo allí, con la gente, era algo más que inesperado: era asombroso. ¿De dónde había salido aquel niño?

Ayla y el pequeño se miraban mutuamente, sin prestar atención a nada más. «Es delgado para ser medio del clan», pensó Ayla. «Por lo común son de huesos grandes y musculosos. Ni siquiera Durc era tan delgado. Está enfermo.» Su mirada de mujer adiestrada en la medicina le reveló que era un problema de nacimiento, algo que afectaba a ese músculo fuerte que latía dentro del pecho, haciendo mover la sangre, supuso. Pero archivó esos datos sin pensar en prestarles mayor atención. Estaba observando con mayor interés el rostro y la cabeza, en busca de las similitudes y las diferencias entre aquella criatura y su propio hijo.

Los ojos pardos, grandes e inteligentes, eran como los de Durc, incluso en la expresión de antigua sabiduría, muy superior a la edad. Sintió una punzada de nostalgia y un nudo en la garganta. Pero había también dolor y sufrimiento, no siempre físico, jamás experimentados por Durc. Se sintió llena de compasión. Las cejas del niño no eran tan pronunciadas, apostilló tras un estudio detallado. Durc tenía los arcos ciliares bien desarrollados incluso a los tres años, al marcharse ella; sus ojos y su ceño saliente eran del clan, pero la frente era como la de aquel niño: no echada hacia atrás y achatada, como la del clan, sino alta y curvada como la suya.

Sus pensamientos comenzaron a divagar. Durc ya tendría seis años, edad suficiente para ir con los hombres cuando practicara con las armas de caza. Pero sería Brun quien le enseñara a cazar, no Broud. Al recordar a Broud sintió un arrebató de ira. Jamás olvidaría al hijo de la compañera de Brun, el hombre que había alimentado tal odio contra ella que no cejó hasta que pudo quitarle a su bebé, por puro rencor, expulsándola del clan. Cerró los ojos; el dolor de los recuerdos la atravesaba como un cuchillo. No podía creer que volvería a ver a su hijo alguna vez.

Al abrir los ojos vio a Rydag y aspiró profundamente.

¿Qué edad tendría aquel niño? «Es pequeño, pero parece tener la edad de Durc», pensó, comparándolos nuevamente. Rydag tenía la piel clara; su pelo era oscuro y rizado, pero más claro y suave que la espesa pelambre castaña, más común en el clan. La mayor diferencia entre él y el hijo de Ayla radicaba en el cuello y el mentón. Su niño tenía el cuello largo, como ella (a veces se ahogaba con la comida, cosa que no ocurría con los bebés del clan), y el mentón hundido, pero visible. Aquella criatura, en cambio, tenía el cuello corto del clan y la mandíbula saliente. Entonces recordó lo que había dicho Latie: no sabía hablar.

De pronto, en un momento de comprensión, adivinó lo que debía ser la vida de ese niño. Una cosa era que una niña de cinco años, tras perder a su familia en un terremoto y ser encontrada por un clan de personas incapaces de manejar un lenguaje articulado, aprendiera el idioma de los signos que ellos utilizaban para comunicarse, y otra muy distinta vivir entre gente parlante y no poder hablar. Recordó sus primeras frustraciones al no poder comunicarse con las personas que la habían recogido. Peor aún, ¿qué difícil había sido hacerse entender por Jondalar, antes de aprender nuevamente a hablar! ¿Y si no hubiera podido aprender?

Hizo una señal al niño, un simple gesto de saludo, uno de entre los primeros que había aprendido mucho tiempo atrás. Hubo en los ojos del pequeño un resplandor de entusiasmo; luego sacudió la cabeza, desconcertado. Ella comprendió que no había aprendido el lenguaje del clan, basado en gestos, pero tal vez retenía algún vestigio de la memoria del clan: había reconocido la señal por un instante; de eso estaba segura.

—¿Puede tocar al caballito? —preguntó Latie, otra vez.

—Sí.

Ayla cogió la mano del niño. «Es tan liviano, tan frágil», pensó. Y comprendió el resto: no podía correr como los otros. No podía jugar a los bruscos y normales juegos de empujones y riñas, como cualquiera. Sólo podía mirar... y desear.

Con una ternura que Jondalar nunca le había visto en la expresión, Ayla levantó al pequeño y lo puso sobre el lomo de Whinney. Tras indicar a la yegua, por medio de una señal, que la siguiera, los paseó lentamente por todo el campamento. Se produjo una pausa en la conversación: todo el mundo había callado para mirar a Rydag montado en el animal. Aunque se hablaba acerca de ello, nadie había visto a una persona montada, a excepción de Talut y los que le habían acompañado hasta el río. Nadie había pensado nunca en la posibilidad de semejante cosa.

Una mujer grande y maternal salió de la extraña vivienda. Al ver a Rydag sobre la misma yegua que se había encabritado tan cerca de ella, su primera reacción fue correr en su auxilio. Pero, al acercarse, cobró conciencia del drama silencioso que se desarrollaba ante ella.

El rostro del pequeño estaba lleno de gozo y maravilla. ¿Cuántas veces había contemplado lo que hacían los otros niños, con ojos ávidos, incapacitado para imitarlos por su debilidad o su diferencia? ¿Cuántas veces había anhelado hacer algo para que le admiraran o le envidiasen? Ahora, por primera vez, todos los niños del campamento, y también los adultos, le miraban con evidentes deseos de estar en su lugar.

La mujer surgida de la vivienda se preguntó si era posible que aquella desconocida hubiera entendido al niño con tanta celeridad, aceptándolo tan fácilmente. Al ver el modo con que Ayla observaba a Rydag, comprendió que así era.

Ayla notó que la mujer la estaba estudiando y le sonrió. La otra le devolvió la sonrisa y se detuvo a su lado.

–Has hecho muy feliz a Rydag –le dijo, alargando los brazos hacia el pequeño que la forastera levantaba del caballo.

–Es poco –dijo Ayla.

La mujer asintió.

–Me llamo Nezzie.

–Yo nombre Ayla.

Las dos mujeres se observaron con atención, sin hostilidad, pero tanteando el terreno para una futura relación.

En la mente de Ayla se atropellaban las preguntas que deseaba hacer con respecto a Rydag, pero vacilaba; no estaba segura de que fuera correcto preguntar. ¿Era Nezzie la madre del niño? En ese caso, ¿cómo había alumbrado un niño de espíritus mezclados? Ayla volvió a plantearse la cuestión que le inquietaba desde el nacimiento de Durc: ¿cómo se iniciaba la vida? La mujer sólo sabía que el bebé estaba allí cuando le cambiaba el cuerpo con el crecimiento de éste. ¿Cómo entraba en ella?

Creb e Iza creían que la vida nueva se iniciaba cuando la mujer tragaba los espíritus totémicos de los hombres. Jondalar pensaba que la Gran Madre Tierra mezclaba los espíritus de un hombre y una mujer, para ponerlos dentro de la mujer cuando ella quedaba embarazada. Pero Ayla tenía su propia opinión. Al notar que su hijo tenía algunas características suyas y algunas del clan, comprendió que en ella no había crecido ninguna vida antes de que Broud la penetrara a la fuerza.

El recuerdo la hizo estremecer, pero el hecho de que fuera tan doloroso le impedía olvidarlo. Había llegado a creer que había alguna relación entre el miembro que el hombre introducía en el sitio por donde nacían los bebés y el principio de la vida en una mujer. Cuando se lo contó a Jondalar, a éste le pareció una idea extraña y trató de convencerla de que era la Madre quien creaba la vida. Ella no le creyó del todo. Ahora volvía a preguntárselo. Había crecido en el clan; era una de ellos, a pesar de su aspecto diferente. Aunque le hubiera disgustado tanto, Broud no había hecho sino ejercer sus derechos. Pero ¿cómo era posible que un hombre del clan hubiera forzado a Nezzie?

Sus pensamientos se interrumpieron ante la conmoción provocada por la llegada de otro pequeño grupo de cazadores. Un hombre, al acercarse, echó su capucha hacia atrás. Tanto Ayla como Jondalar ahogaron una exclamación de asombro: ¡el hombre era de tez oscura! El color de su piel era de un castaño intenso, casi como el de Corredor, lo cual ya resultaba raro en un caballo. Ninguno de los dos había visto, hasta entonces, una persona de piel oscura.

Tenía el cabello negro, con rizos apretados y elásticos que formaban un casquete lanudo, como la piel de un cordero negro. También sus ojos negros; chisporroteaban de gozo cuando sonreía, mostrando los dientes blancos, brillantes, y una lengua sonrosada que contrastaba

con su piel oscura. Sabía que provocaba conmoción en quienes le veían por primera vez, y eso le gustaba.

Por lo demás, era un hombre perfectamente común, de compleción mediana, apenas uno o dos dedos más alto que Ayla. Pero su vitalidad contenida, su economía de movimientos y cierta confianza en sí mismo creaban la impresión de que sabía lo que deseaba y no perdía tiempo en averiguarlo. Cuando vio a Ayla, el fulgor de sus ojos aumentó.

Jondalar reconoció aquella mirada como una señal de atracción. Su frente se arrugó formando varios surcos, pero ni la mujer rubia ni el hombre moreno se dieron cuenta. Ella estaba cautivada por el color inhabitual del hombre y le miraba fijamente, con la franca maravilla de una criatura. Y él se sentía atraído tanto por el aura de inocencia que esa reacción dejaba traslucir como por la belleza de la forastera.

De pronto, Ayla notó que estaba mirándolo con fijeza; ruborizada hasta el carmesí, bajó la vista al suelo. De Jondalar había aprendido que hombres y mujeres podían mirarse a los ojos sin ofensa, sobre todo por parte de una mujer. Sin embargo, su educación, las costumbres del clan, reforzadas una y otra vez por Creb e Iza para hacerla más aceptable, le hacían sentirse abochornada.

De cualquier modo, su azoramiento no hizo sino aumentar el interés del hombre moreno. Con frecuencia despertaba en las mujeres una atención desacostumbrada. La sorpresa inicial de su aspecto parecía provocar la curiosidad femenina sobre otras posibles diferencias. A veces se preguntaba si todas las mujeres, en las Reuniones de Verano, se sentían obligadas a averiguar personalmente si él era, en verdad, un hombre como todos. En realidad, no se oponía. Pero la reacción de Ayla le intrigaba tanto como a ella su color. No estaba habituado a que las mujeres adultas, de llamativa belleza, se ruborizaran ante él con el pudor de las niñas.

—Ranec, ¿te han presentado a nuestros visitantes? —preguntó Talut, acercándose.

—Todavía no, pero estoy esperando... impaciente.

El tono de su voz hizo que Ayla le mirara a los ojos profundos y negros, llenos de deseo... y humor sutil. Se introdujeron en ella hasta un punto que sólo Jondalar había tocado hasta entonces. El cuerpo femenino respondió con un cosquilleo inesperado, que llevó hasta sus labios una leve exclamación, agrandando los ojos de color azul grisáceo. El hombre se inclinó hacia delante, dispuesto a cogerle las manos. Pero antes de que se hicieran las presentaciones de costumbre, el forastero alto se interpuso entre ambos y, con el ceño muy fruncido, adelantó las manos.

—Soy Jondalar de los zelandonii —dijo—. La mujer con quien viajo se llama Ayla.

Ayla estaba segura de que algo perturbaba a Jondalar, algo relacionado con el hombre oscuro. Habituada a interpretar las posturas y las actitudes, observaba atentamente a Jondalar en busca de pistas sobre

las que basar su propia conducta. Pero el lenguaje corporal de quienes se expresaban con palabras era mucho menos significativo que el del clan, cuyos miembros se comunicaban por medio de gestos, y ella aún no confiaba en sus percepciones. Aquellas personas parecían, a un tiempo, más fáciles y más difíciles de interpretar, como en el caso del brusco cambio de actitud en Jondalar. Comprendió que estaba enojado, pero sin saber por qué.

El hombre cogió las manos de Jondalar y las estrechó con firmeza.

–Yo soy Ranec, amigo mío: el mejor tallista del Campamento del León, entre los mamutoi... y también el único –agregó, con una sonrisa, como burlándose de sí mismo. Luego añadió–: Si viajas con una compañera tan bella, no te extrañes de que llame la atención.

Entonces le tocó a Jondalar sentirse abochornado. La amistosa franqueza de Ranec le hizo sentirse como un patán: con un dolor familiar, recordó a su hermano. Thonolan había mostrado la misma confianza para con todos; siempre era el primero en presentarse cuando se encontraban con otros en sus viajes. A Jondalar siempre le había preocupado hacer cosas tontas; no le gustaba iniciar una relación de manera incorrecta. Como mínimo, acababa de pasar por mal educado.

Pero aquel súbito enojo le había sorprendido, cogiéndolo desprevenido. Para él, la punzada ardiente de los celos era una emoción nueva; al menos, llevaba tanto tiempo sin experimentarla que no la esperaba. Se habría apresurado a negarlo, ya que su condición de hombre alto y apuesto, su inconsciente atractivo y su sensibilidad en los placeres le habían acostumbrado, por el contrario, a que fueran las mujeres las que se mostraran celosas y se disputaran sus atenciones.

¿Por qué le molestaba que otro hombre mirara a Ayla? Ranec tenía razón: era de esperar, siendo ella tan hermosa. Y Ayla tenía derecho a elegir. El hecho de que él fuera el primer hombre de su raza conocido por ella no significaba que fuese el único en atraerla. Ayla vio sonreír a Ranec, pero notó que la tensión de sus hombros no se había relajado.

–Ranec no le da importancia, aunque no acostumbra a negar sus otras habilidades –estaba diciendo Talut, mientras le precedía hacia la extraña cueva, que parecía hecha de tierra y brotaba en la ribera–. Él y Wymez se parecen en este aspecto, aunque no en otros. Wymez también se resiste a admitir su habilidad como fabricante de herramientas; igual que este hijo de su hogar a reconocer la bondad de sus tallas. Ranec es el mejor tallista de todos los mamutoi.

–¿Tenéis un buen fabricante de herramientas? ¿Y un tallista de pedernal? –preguntó Jondalar, contento e interesado. Su arrebató de celos había desaparecido ante la posibilidad de encontrarse con otra persona hábil en su propio oficio.

–Sí, y también es el mejor. El Campamento del León es famoso. Tenemos el mejor tallista, el mejor fabricante de herramientas y el mamut más anciano –declaró el jefe.

–Y un jefe tan corpulento que todos se declaran de acuerdo con él, aunque no lo estén –agregó Ranec, con una sonrisa irónica.

Talut también sonrió, conociendo como conocía la tendencia del hombre moreno a rechazar las alabanzas de sus tallas. Eso no impedía que Talut se vanagloriase, pues estaba orgulloso de su campamento y no vacilaba en proclamarlo.

Ayla observaba la sutil relación entre los dos hombres: el mayor, un gigante de pelo flamígero y claros ojos azules; el otro, oscuro y compacto. Comprendía también el profundo vínculo de afecto y lealtad que compartían, aunque fueran tan distintos. Ambos eran cazadores del mamut; ambos, miembros del Campamento del León, de los mamutoi.

Caminaron hacia la arcada que Ayla había visto antes. Parecía abrirse hacia una colina, tal vez a una serie de ellas, incorporadas a la pendiente que daba al gran río. Ayla había visto que la gente entraba y salía por allí. Por lo tanto, debía de ser una cueva, algún tipo de vivienda. Sin embargo, parecía hecha completamente de tierra. Aunque bien apisonada, en algunos sitios dejaba crecer la hierba, sobre todo en el fondo y los laterales. Se confundía tan bien con el panorama que, descartando la entrada, resultaba difícil distinguirla.

Al inspeccionarla mejor, notó que la cima redondeada del montículo era un depósito de varios objetos curiosos. Y entonces vio uno en especial, justo sobre la arcada, que la dejó sin aliento.

¡Era el cráneo de un león de las cavernas!

CAPÍTULO 2

Ayla estaba escondida en una diminuta hendidura, abierta en la muralla de roca dura, con la vista fija en la garra de un enorme león de las cavernas que se estiraba hacia ella. Aulló de miedo y dolor cuando las uñas encontraron su muslo desnudo y trazaron en él cuatro cortes paralelos. El Espíritu del Gran León Cavernario la había escogido, marcándola para demostrar que él era su tótem (así lo había explicado Creb), después de una prueba mucho más dura de lo que incluso un hombre podía soportar, aunque ella era sólo una niña de cinco años. Una sensación de tierra estremecida bajo los pies le provocó una oleada de náuseas.

Sacudió la cabeza para borrar el vívido recuerdo.

—¿Qué pasa, Ayla? —preguntó Jondalar, notando su inquietud.

—Acabo de ver ese cráneo —respondió ella, señalando el adorno colgado sobre la puerta— y me he acordado de cuando fui elegida. ¡El León Cavernario es mi tótem!

—Nosotros somos el Campamento del León —anunció Talut con orgullo, aunque ya lo había dicho.

Si bien Talut no les comprendía cuando hablaban en el idioma de Jondalar, notó el interés que les causaba el talismán del campamento.

—El león cavernario tiene un fuerte significado para Ayla —explicó Jondalar—. Dice que el espíritu del gran felino la guía y la protege.

—Entonces os sentiréis cómodos aquí. —Talut dedicó una sonrisa a la mujer, complacido.

Ella reparó en que Nezzie había cogido en brazos a Rydag y volvió a pensar en su hijo.

—Creo que sí —dijo.

Antes de entrar, la joven se detuvo a examinar el arco de ingreso; sonrió al descubrir cómo se había logrado su perfecta simetría. Era simple, pero a ella no se le habría ocurrido. Dos grandes colmillos de mamut, provenientes de un mismo animal o de ejemplares de igual tamaño, habían sido firmemente clavados en tierra, con las puntas enfrentadas entre sí y unidas en lo alto del arco, dentro de una funda hecha con una sección hueca y corta de un hueso de la pata.

Cubría la entrada una pesada cortina hecha con cuero de mamut. La abertura era bastante alta; el mismo Talut, que apartó la cortina, pudo entrar sin agachar la cabeza. La arcada daba a una espaciosa zona de ingreso, con otro simétrico arco de colmillos y otra cortina de cuero situada justo enfrente. Descendieron hasta encontrarse en un vestíbulo circular, cuyas gruesas paredes se curvaban hacia arriba, formando una bovedilla.

Mientras lo cruzaban, Ayla reparó en las paredes laterales, que parecían ser un mosaico de huesos de mamut; estaban cubiertas de vestimenta exterior, colgada en cuñas, junto con varios utensilios. Talut retiró la cortina interior, cruzó la arcada y sostuvo el cuero para dejar paso a sus huéspedes.

Ayla volvió a descender y se detuvo, asombrada, sobrecogida por la impresión de aquellos objetos desconocidos, extraños y de colores intensos. Gran parte de lo que veía le resultaba incomprensible, por lo que se aferró a lo que tenía sentido para ella.

El espacio en donde estaban tenía, cerca del centro, un gran hogar. Encima de éste se asaba un enorme pedazo de carne, atravesado por una vara larga. Cada extremo de la vara descansaba en una hendidura tallada en la rodilla de un hueso de pata de mamut pequeño, clavado en tierra. Del asta mayor de un venado se había obtenido una horquilla, convertida en una manivela, por medio de la cual un niño hacía girar la carne. Era uno de los que se habían quedado para observar a Ayla y a Whinney. Ella, al reconocerle, le sonrió. El niño le devolvió la sonrisa.

Al acostumbrarse sus ojos a la penumbra interior, la sorprendió la amplitud de aquel alojamiento limpio y confortable. El hogar era sólo el primero de toda una serie de ellos, que se extendía por el centro de una estancia larga, en una vivienda que sobrepasaba los veinticuatro metros de longitud y medía casi seis de anchura.

«Siete fuegos», contó Ayla para sí, apretando los dedos contra la pierna, con disimulo, mientras pensaba en las palabras de contar que le había enseñado Jondalar.

En el interior hacía calor. Los fuegos calentaban la vivienda semi-subterránea más de lo que solían calentar las cuevas a las que ella estaba acostumbrada. En realidad, aquello era bastante abrigado; notó que varias personas, hacia el fondo, estaban vestidas con ropas livianas.

Sin embargo, en la parte trasera no faltaba luz. El techo tenía más o menos la misma altura en toda su longitud: unos tres metros y medio, con agujeros para el humo sobre cada fuego; esos agujeros dejaban pasar también la luz. Cruzaban el techo vigas hechas con huesos de mamut, de las que pendían ropas, utensilios y comida, mientras que para la parte central se habían utilizado astas de reno entrecruzadas.

De pronto, Ayla captó un olor que le hizo la boca agua. «¡Carne de mamut!», pensó. No había probado la rica y tierna carne de mamut desde que abandonara la cueva del clan. Pero también había otros

deliciosos aromas de cocina; algunos familiares, otros no, todos se combinaban para recordarle que tenía hambre.

Mientras les conducían a lo largo de un pasillo cuidadosamente apiñonado, que corría por medio de la estancia, junto a varios hogares, Ayla reparó en varios bancos anchos que sobresalían de las paredes, sobre los que se amontonaban las pieles. Algunas personas se habían sentado en ellos para descansar o conversar. Se dio cuenta de que la miraban al pasar. Había más arcos hechos con colmillos de mamut a ambos lados; se preguntó adónde llevarían, pero no se atrevió a preguntar.

«Es como una cueva», pensó, «una cueva grande y cómoda». Pero los colmillos arqueados, los largos huesos de mamut utilizados como postes, soportes y muros, le hicieron comprender que no se trataba de una cueva natural. ¡Alguien la había construido!

La primera zona, en donde se estaba preparando el asado, era más grande que el resto, y también la cuarta, adonde Talut les condujo. A lo largo de las paredes había varios bancos para dormir, descubiertos y aparentemente sin usar; allí era posible ver cómo estaban construidos.

Al excavar el suelo se habían dejado anchas plataformas de tierra, justo por encima del nivel de éste, a ambos lados, sostenidas estratégicamente con huesos de mamut. Otros huesos cruzaban la superficie de la plataforma; los espacios entre ellos se habían rellenado con hierba seca, a fin de que el conjunto levantara y sostuviese los jergones de cuero blando, rellenos de lana de mamut y otros materiales mullidos. Añadiéndoles varias pieles, las plataformas se convertían en cálidos y cómodos asientos o camas.

Jondalar se preguntó si el hogar al que les conducían estaría desocupado. Parecía desnudo, pero tenía la sensación de que alguien vivía en él, a pesar de las plataformas vacías.

En el hogar ardían las brasas; en algunos bancos se apilaban pieles y cueros, y de las cuñas pendían hierbas secas.

—Los visitantes generalmente se hospedan en el Hogar del Mamut —explicó Talut—, siempre que Mamut no se oponga. Se lo preguntaré.

—Pueden quedarse, por supuesto, Talut.

La voz provenía del banco vacío. Jondalar giró en redondo, mirando fijamente hacia uno de los montones de pieles, que se estaban moviendo. Dos ojos relumbraron en una cara marcada, sobre el pómulos derecho, con cheurones tatuados que caían en los surcos y zurcían las arrugas de una increíble vejez. Lo que él había tomado por la piel de un animal resultó ser una barba blanca. Dos piernas largas y flacas, hasta entonces cruzadas, se descruzaron para apoyarse en el suelo.

—No te sorprendas, hombre de los zelandonii. La mujer sabía que yo estaba aquí —dijo el anciano, con voz fuerte, que apenas denotaba su avanzada edad.

–¿Es cierto, Ayla? –preguntó Jondalar.

Pero ella parecía no oírle. Ayla y el anciano se hallaban absortos, mirándose mutuamente como si cada uno buscara el alma del otro. De pronto, la joven se dejó caer al suelo frente al viejo Mamut, cruzando las piernas, con la cabeza inclinada.

Jondalar quedó intrigado y abochornado. Ella utilizaba el silencioso lenguaje de señales que, según le había contado, empleaba la gente del clan para comunicarse. Ese modo de sentarse era la postura de deferencia y respeto asumida por una mujer del clan para pedir permiso antes de expresarse.

Hasta entonces sólo una vez la había visto en aquella postura: al tratar de decirle algo muy importante, que no lograba comunicarle de otro modo, cuando las palabras que él le había enseñado no eran suficientes para expresar sus sentimientos.

Se preguntó cómo era posible que algo se expresara con más claridad mediante gestos y ademanes que con palabras, pero mayor había sido su sorpresa al saber que aquellas personas se comunicaban, después de todo.

Sin embargo, lamentaba que Ayla hubiera hecho aquello. Enrojeció al verla usar en público las señales de los cabezas chatas. Habría querido correr a levantarla, antes de que los otros la vieran. Aquella postura le hacía sentirse incómodo, era como si ella le estuviera ofreciendo la reverencia y el homenaje debidos a Doni, la Gran Madre Tierra.

Para Jondalar era algo privado y personal, sólo entre ellos, algo que no debía exhibirse ante los demás. Una cosa era hacerlo con él, cuando estaban solos, pero ahora debía causar una buena impresión en aquellas personas. Él quería que Ayla les gustara; no convenía que conocieran su historia.

Mamut fijó en él una mirada aguda. Luego la volvió hacia Ayla y la estudió por un momento. Por fin se inclinó para darle unas palmaditas en el hombro.

Ayla levantó la vista y vio los ojos sabios, afectuosos, en un rostro estriado por finas arrugas y suaves bolsas. El tatuaje del pómulo derecho le dio la fugaz impresión de que la cuenca ocular estaba oscurecida y de que faltaba el ojo. Por un segundo creyó que aquel hombre era Creb. Pero el santo anciano del clan que, con Iza, la habían criado y atendido, estaba ya muerto, y también Iza. ¿Quién era, entonces, aquel hombre que evocaba en ella sentimientos tan poderosos? ¿Qué hacía ella sentada a sus pies, como una mujer del clan? Y ¿cómo había sabido él dar la respuesta adecuada del clan?

–Levántate, querida. Más tarde hablaremos –dijo el Mamut–. Necesitas tiempo para comer y descansar. Éstas son camas, lugares para dormir –indicó los bancos, como si supiera que ella necesitaba explicaciones–. Por allí hay más pieles y jergones.

Ayla se levantó graciosamente. El observador anciano detectó en el movimiento años de práctica, y agregó aquel nuevo dato a su creciente

conocimiento de la mujer. Aquel breve encuentro le había servido para averiguar más cosas sobre Ayla y Jondalar de las que nadie sabía en el campamento.

Claro que contaba con una ventaja: él estaba mejor informado que sus compañeros acerca del lugar de donde provenía Ayla.

El asado de mamut había sido llevado al exterior, en una bandeja hecha con un gran hueso pélvico, junto con varias raíces, verduras y frutas. Disfrutarían de la comida a la luz del sol poniente. La carne estaba tan rica y tierna como Ayla la recordaba, pero cuando la comida fue servida, pasó un momento difícil. No conocía el protocolo. En ciertas ocasiones, habitualmente las más formales, las mujeres del clan comían apartadas de los hombres. Sin embargo, lo normal era sentarse en grupos familiares; de todos modos, aun entonces se servía primero a los hombres.

Ayla no sabía que los mamutoi honraban a sus huéspedes ofreciéndoles el trozo escogido en primer término; tampoco sabía que, según dictaba la costumbre, como muestra de respeto hacia la Madre, una mujer tomaba el primer bocado. Cuando sacaron la comida, Ayla se entretuvo, manteniéndose detrás de Jondalar, mientras observaba a los otros tratando de no llamar la atención. Hubo un instante de confusión; todo el mundo esperaba que la joven comenzara, mientras que ella trataba de esconderse.

Algunos miembros del campamento captaron su estratagema y, con sonrisas maliciosas, la tomaron a broma. Para Ayla, aquello no tenía nada de divertido. Sabía que estaba haciendo algo incorrecto; la actitud de Jondalar no le servía de ayuda: él también trataba de instarla a cumplir con el papel que le correspondía.

Mamut acudió en su ayuda. La cogió del brazo y la condujo hacia la bandeja repleta de gruesas tajadas de mamut.

–Se supone que tú debes comer primero, Ayla –dijo.

–¡Pero si soy mujer! –protestó ella.

–Por eso mismo. Es nuestra ofrenda a la Madre, y es mejor que una mujer la acepte en su nombre. Coge el mejor trozo, no por ti, sino para honrar a Mut –explicó el anciano.

Ella le miró, primero con sorpresa, luego con gratitud. Cogió un plato (una pieza de marfil ligeramente curvo, tallada en un colmillo) y, con gran seriedad, eligió la mejor tajada.

Jondalar le sonrió con un gesto de aprobación, mientras los demás se adelantaban para servirse. Cuando hubo terminado, Ayla dejó el plato en el suelo, como había visto hacer a los otros.

–Hace un momento creí que ibas a enseñarnos una danza nueva –dijo una voz, a su espalda. Ayla, al volverse, se encontró con los ojos oscuros del hombre de tez oscura. Aunque la palabra «danza» le era desconocida, aquella ancha sonrisa resultaba amistosa, de modo que se la devolvió.

–¿Nadie te ha dicho que eres muy bella cuando sonrías? –preguntó él.

–¿Bella? ¿Yo? –Ayla se echó a reír, sacudiendo la cabeza, incrédula.

Jondalar se lo había dicho una vez, casi con las mismas palabras, pero Ayla no estaba en absoluto convencida. Mucho antes de llegar a mujer, era más delgada y más alta que quienes la criaban. Su aspecto era muy diferente debido a su frente abultada y al hueso extraño que tenía bajo la boca, que Jondalar llamaba mentón; por eso se creía grande y fea.

Ranec la observaba, intrigado. Ella rio con infantil abandono, como si creyera, en verdad, que él había dicho algo divertido. No era la respuesta que el hombre moreno esperaba.

Una sonrisa tímida, tal vez, o una invitación consciente y provocativa. Pero los ojos de color azul grisáceo no mostraban malicia alguna; tampoco había timidez en el modo en que ella echaba la cabeza hacia atrás, apartando la larga cabellera.

Antes bien, se movía con la gracia fluida y natural de los animales: un caballo, tal vez un león. Había en ella un aura, una cualidad indefinible, pero con elementos de completo candor y franqueza; sin embargo, ocultaba un misterio profundo. Parecía inocente como un niño, abierta a todo, pero era mujer de pies a cabeza: una mujer alta, deslumbrante, bella sin términos medios.

La observó con interés y curiosidad. Su cabellera, espesa y larga, naturalmente ondulada, tenía un intenso brillo de oro, como el de un henar agitado por el viento; sus ojos eran grandes, bien espaciados, enmarcados por pestañas algo más oscuras que los cabellos. Con la experiencia de todo escultor, examinó la estructura nítida y elegante de la cara, la gracia musculosa de su cuerpo. Cuando sus ojos se posaron en los senos turgentes y las caderas incitantes, adquirieron una expresión que desconcertó a Ayla.

Ella, ruborizada, apartó la vista. Jondalar le había dicho que era correcto, pero no estaba segura de que le gustara mirar de frente a las personas. Se sentía indefensa, vulnerable. Jondalar se encontraba de espaldas a ella, pero su actitud fue más reveladora que las palabras: estaba enojado. ¿Por qué? ¿Qué había hecho ella para provocar su enojo?

–¡Talut! ¡Ranec! ¡Barzec! ¡Mirad quiénes vienen! –gritó una voz.

Todo el mundo se volvió a mirar. Varias personas se aproximaban desde lo alto de la cuesta. Nezzie y Talut echaron a andar colina arriba, en tanto un joven se destacaba del grupo para correr hacia ellos. Se encontraron a medio camino y se abrazaron con entusiasmo. Ranec corrió al encuentro de otro; aunque el saludo fue más contenido, se adivinaba un cálido afecto en los brazos que estrecharon a un hombre de cierta edad.

Ayla, con una extraña sensación de vacío, vio que el resto del campamento abandonaba a sus huéspedes, en su ansiedad por saludar a los parientes y amigos que volvían, todos hablando y riendo al mismo tiempo. Ella era Ayla sin Pueblo. No tenía adónde ir, ni hogar al que

regresar, ni clan que la recibiera con besos y abrazos. Iza y Creb, los que la amaron, habían muerto, y ella estaba muerta para aquellos a los que amaba.

Uba, la hija de Iza, había sido como su propia hermana; eran de una misma familia por el amor, ya que no por la sangre. Pero Uba cerraría el corazón y la mente si volvía a verla, se negaría a dar crédito a sus ojos, no la vería. Broud había maldecido a Ayla con la muerte. Por tanto, ella estaba muerta.

Y Durc, ¿se acordaría de ella siquiera? Había sido preciso dejarle con el clan de Brun. Aunque hubiera podido llevárselo, habrían estado solos los dos. Si algo le hubiera pasado a ella, el niño habría quedado solo. Era mejor dejarlo con el clan. Uba lo amaba y lo cuidaría. Todo el mundo lo amaba... menos Broud. Pero Brun lo protegía y le enseñaría a cazar. Al crecer sería fuerte y valiente, tan hábil como ella con la honda, rápido para la carrera y...

De pronto se fijó en un miembro del campamento que no había corrido cuesta arriba. Rydag estaba de pie junto a la vivienda, con una mano sobre un colmillo; miraba con ojos redondos al grupo riente y feliz, que desandaba el camino.

Ayla los vio con los ojos del niño: abrazados por la cintura, con los pequeños a cuestras, mientras otros niños brincaban, rogando que los cogieran en brazos. Ella notó que Rydag respiraba con fuerza; la excitación era excesiva.

En el momento en que echaba a andar hacia él, vio que Jondalar avanzaba en la misma dirección.

—Iba a llevarle allá —dijo él. También había reparado en el niño; los dos tenían la misma idea.

—Sí, llévale —dijo ella—. Whinney y Corredor pueden volver a ponerse nerviosos con tanta gente nueva. Iré a quedarme con ellos.

Jondalar levantó al niño de cabellos oscuros y se lo montó en los hombros, avanzando con él cuesta arriba, hacia la gente del campamento. El joven a quien Talut y Nezzie habían recibido con tanto afecto era, aproximadamente, de la misma altura que Jondalar; alargó los brazos hacia el pequeño, saludándole con evidente alegría. Luego le trasladó a sus propios hombros para bajar hacia el alojamiento. «Le quieren», pensó Ayla. Y recordó que también la habían amado a ella, a pesar de sus diferencias.

Jondalar notó que les observaba y le sonrió. Ella sintió una oleada tal de afecto por aquel hombre cariñoso y sensible que se avergonzó de haber experimentado, momentos antes, tanta lástima de sí misma. Ya no estaba sola; tenía a Jondalar. Amaba hasta el sonido de su nombre y sus pensamientos se llenaron de él, de los sentimientos que él le inspiraba.

Jondalar. El primero de los Otros que viera jamás, hasta donde podía recordar; el primero con un rostro como el de ella y unos ojos azules como los de ella... Sólo que eran más azules: sus ojos eran tan azules que costaba creerlo.

Jondalar. El primer hombre, de cuantos había conocido, más alto que ella misma; el primero en reír con ella; el primero en verter lágrimas de dolor... por el hermano que había perdido.

Jondalar. El hombre que le había sido dado por su tótem como presente, llevado sin duda hasta el valle donde ella se había asentado al abandonar el clan, cansada de buscar a Otros como ella.

Jondalar. El que le había enseñado a hablar otra vez con palabras, no sólo con los gestos del clan. Jondalar, cuyas manos sensitivas sabían dar forma a una herramienta, rascar a un potrillo o montarse a un niño en los hombros. Jondalar, que le había enseñado las alegrías del cuerpo y que la amaba, y a quien ella amaba como no había creído que fuera posible amar.

Caminó hacia el río, hasta el meandro donde había atado a Corredor, valiéndose de una soga larga, a un árbol achaparrado. Se limpió los ojos húmedos con el dorso de la mano, sobrecogida por aquella emoción que todavía le resultaba tan nueva. Buscó su amuleto, un saquito de cuero que colgaba de su cuello, y palpó los objetos que contenía mientras pensaba en su tótem.

—Espíritu del Gran León Cavernario, Creb decía siempre que era difícil vivir con un tótem poderoso. Tenía razón. Las pruebas han sido siempre difíciles, pero siempre valieron la pena. Esta mujer está agradecida por la protección y por los dones de su poderoso tótem. Por las dádivas interiores, como las cosas aprendidas, y por las de aquellos a quien ama, como Whinney y Corredor, y Bebé, y sobre todo por Jondalar.

Whinney se acercó a ella en cuanto la vio junto al potrillo y resopló suavemente a modo de saludo. Ella apoyó la cabeza en el cuello de la yegua. Se sentía cansada, exhausta. No estaba habituada a encontrarse entre tanta gente, a tantos acontecimientos, a un grupo tan ruidoso. Le dolía la cabeza, le palpitaban las sienes, sentía una fuerte presión en el cuello y en los hombros. Whinney se recostó contra ella. Corredor fue a reunirse con ellas y sumó su propio peso por el otro costado, hasta que Ayla se sintió aplastada entre los dos. Pero no le importó.

—¡Basta! —dijo, al fin, dando una palmada en el flanco al potrillo—. Te estás poniendo demasiado grande, Corredor, para estrujarme así. ¡Mira lo crecido que estás! ¡Casi tanto como tu madre! —Le rascó un poco; después frotó a Whinney, dándole palmaditas, hasta que notó la presencia de sudor seco—. A ti también te es difícil, ¿verdad? Más tarde te cepillaré con cardas secas. Pero aquí llega gente, así que probablemente volverás a llamar la atención. Será más fácil cuando se acostumbren a verte.

Ayla, sin darse cuenta, había vuelto a utilizar el lenguaje privado que había creado en los años que pasara sola, con los animales por única compañía. Se componía, en parte, de gestos aprendidos del clan y, en parte, de variaciones sobre las pocas palabras que los miembros de aquél hablaban, imitaciones de ruidos de animales y vocablos sin

sentido, como los que había empleado con su hijo. Para cualquier otra persona, las señales de sus manos habrían pasado inadvertidas y sus murmullos habrían parecido una serie de gruñidos y sílabas repetidas. Quizá nadie lo habría tomado por lenguaje.

—Es posible que también Jondalar quiera cepillar a Corredor. —De pronto se le ocurrió una idea inquietante. Cogió de nuevo su amuleto y trató de ordenar sus pensamientos—. Gran León Cavernario, Jondalar también es ahora tu elegido; tiene en la pierna las cicatrices de tu marca, igual que yo.

Sus pensamientos volvieron al antiguo lenguaje silencioso que sólo se formulaba con las manos, el adecuado para hablar con el mundo espiritual.

—Espíritu del Gran León Cavernario: ese hombre elegido no sabe de totems. No sabe de pruebas, no conoce los rigores de un tótem poderoso, ni los dones y el aprendizaje. Incluso a esta mujer, que sabe, le han resultado difíciles. Esta mujer ruega al Espíritu del León Cavernario... suplica que este hombre...

Ayla se interrumpió. No estaba segura de lo que deseaba pedir. No quería solicitar al Espíritu que no pusiera a prueba a Jondalar, pues de ese modo perdería los beneficios que tales pruebas siempre brindaban; ni siquiera pedía que fuera blando con él. Después de que ella misma, tras sufrir tan duros rigores, adquiriera habilidades y comprensiones inusitadas, había llegado a creer que los beneficios obtenidos guardaban estrecha relación con la severidad de la prueba. Ordenó sus ideas y continuó:

—Esta mujer suplica al Espíritu del Gran León Cavernario que ayude al hombre elegido a conocer el valor de su poderoso tótem, a saber que, por difícil que pueda parecerle, la prueba es necesaria.

Por fin terminó y dejó caer las manos.

—¿Ayla?

Giró en redondo y se encontró con Latie.

—Sí.

—Parecías... ocupada. No quise interrumpirte.

—Ya he terminado.

—A Talut le gustaría que llevaras los caballos. Ya ha dicho a todos que no deben hacer nada sin tu permiso, que no los asusten ni los pongan nerviosos... Creo que ha inquietado a más de uno.

—Iré —dijo Ayla y sonrió—. ¿Tú gusta volver caballo?

La cara de Latie se dilató en una amplia sonrisa. Cuando sonreía así se parecía a Talut.

—¿Puedo? ¿De verdad?

—Tal vez gente no nerviosa cuando ve tú en Whinney. Ven. Aquí roca. Ayudo tú subir.

Cuando Ayla apareció tras el recodo, seguida por una yegua adulta con la niña sobre el lomo y por un potrillo inquieto, todas las conversaciones se interrumpieron. Los que ya habían visto antes una escena

parecida, aunque todavía asombrados, disfrutaban del aturrido desconcierto que reflejaba el rostro de los recién llegados.

–Ya lo ves, Tullie, ¡te lo he dicho! –exclamó Talut dirigiéndose a una mujer de pelo oscuro, que se le parecía en tamaño, ya que no en el colorido. Era más alta que Barzec, el hombre del último hogar, que estaba junto a ella y la abrazaba por la cintura. Cerca de ellos estaban los dos hijos de aquel hogar, de trece y ocho años, y la hermana de seis, a quien Ayla había sido presentada poco antes.

Cuando llegaron a la vivienda, Ayla desmontó a Latie y acarició a Whinney, que dilataba las fosas nasales ante el olor de los desconocidos. La niña corrió hacia un joven desgarrado y pelirrojo, que aparentaba unos catorce años, aunque era casi tan alto como Talut, si bien su cuerpo aún no se había desarrollado del todo. Sin tener en cuenta la edad, era casi idéntico a él.

–Ven y te presentaré a Ayla –dijo Latie, arrastrándole hacia la mujer de los caballos.

Él se dejó arrastrar. Jondalar se había acercado para mantener quieto a Corredor.

–Éste es Danug, mi hermano –explicó Latie–. Ha estado lejos mucho tiempo, pero ahora se quedará en casa, pues ya sabe todo lo necesario para obtener el pedernal. ¿Verdad, Danug?

–No lo sé todo, Latie –contestó el muchacho, algo azorado.

Ayla sonrió.

–Te saludo –dijo alargando las manos.

Eso le azoró aún más. Era el hijo del Hogar del León y habría debido ser el primero en saludar a la visitante, pero estaba sobrecogido por la belleza de aquella forastera que ejercía tanto poder sobre los animales. Cogió las manos extendidas, murmurando un saludo. Whinney eligió el momento para resoplar y alejarse; entonces él soltó rápidamente las manos de la mujer al notar que, por alguna razón, la yegua no lo aprobaba.

–Whinney aprenderá más pronto a reconocerte si le das palmaditas y dejas que te olfatee –dijo Jondalar, percibiendo la incomodidad del joven. Estaba en una edad muy difícil: ya no era un niño, pero tampoco un hombre todavía–. ¿Has estado aprendiendo a obtener pedernal? –preguntó, para entablar conversación, tratando de tranquilizar al muchacho, mientras le enseñaba cómo acariciar al animal.

–Trabajo el pedernal. Wymez me ha enseñado desde que era niño –dijo el joven, con orgullo–. Es el mejor, pero quiso que yo aprendiera algunas otras técnicas y el modo de apreciar la piedra en bruto.

Al deslizarse la conversación por cauces más familiares, Danug dejó aflorar su natural entusiasmo.

Los ojos de Jondalar se encendieron con sincero interés.

–Yo también trabajo el pedernal, y aprendí el oficio con un hombre que es el mejor. Cuando tenía tu edad vivía con él, cerca de una mina de pedernal que él había encontrado. Me gustaría que algún día me presentaras a tu maestro.

–Entonces permíteme que lo haga yo, pues soy el hijo de su hogar... y el primero, aunque no el único, en utilizar sus herramientas.

Jondalar se volvió al oír la voz de Ranec, y notó que todo el campamento se había agrupado en derredor. Junto al hombre de piel morena estaba el anciano al que había saludado con tanta efusión. Era de la misma altura, pero Jondalar no apreció otro parecido. El más anciano tenía el pelo lacio y castaño claro, con vetas grises, y sus ojos eran de un azul común. Tampoco había similitudes entre sus facciones y las de Ranec, tan exóticas. La Madre debía de haber elegido al espíritu de otro hombre para el hijo de su hogar. Pero ¿por qué habría elegido a uno de un color tan poco corriente?

–Wymez, del Hogar del Zorro en el Campamento del León, Maestro de Pedernal de los mamutoi –dijo Ranec, con exagerado empaque–, te presento a nuestros visitantes: Jondalar de los zelandonii, otro de tus colegas, al parecer. –Jondalar percibió el deje de... No estaba seguro. ¿Era humor o sarcasmo? Algo así–. Y su hermosa compañera, Ayla, mujer sin Pueblo, pero de gran encanto... y misterio.

Su sonrisa atrajo los ojos de Ayla, intrigada por el contraste entre los dientes blancos y la piel oscura; los ojos negros centellearon con expresión inteligente.

–Os saludo –dijo Wymez, tan simple y directo como Ranec había sido rebuscado–. ¿Trabajas la piedra?

–Sí, tallo el pedernal –replicó Jondalar.

–He traído algunas piedras excelentes, recién extraídas. Todavía no están secas.

–Tengo en mi hatillo una maza y un buen cincel –dijo el zelandonii inmediatamente interesado–. ¿Tú usas cincel? –Ranec dirigió a Ayla una mirada dolorida, en tanto la conversación se desviaba rápidamente hacia el oficio compartido.

–Podría haberte dicho que iba a ocurrir esto –dijo–. ¿Sabes qué es lo peor de vivir en el hogar de un fabricante de herramientas? No es encontrarse siempre trozos de piedra en las pieles, sino tener siempre la piedra en las conversaciones. Y cuando Danug demostró interés... Desde entonces no he oído hablar sino de piedra y más piedra.

La cálida sonrisa de Ranec desmentía su queja; por lo visto, todos conocían sus protestas, pues nadie le prestó atención, salvo Danug.

–No sabía que eso te molestase tanto –dijo el joven.

–No le molesta –aclaró Wymez–. ¿No te das cuenta de que Ranec está tratando de impresionar a una mujer bonita?

–En realidad, te estoy agradecido, Danug. Creo que, hasta que tú apareciste, él tenía la esperanza de convertirme en tallista de pedernal –manifestó Ranec, para tranquilizar a Danug.

–No, desde que comprendí que sólo te interesabas por mis herramientas para tallar el marfil con ellas. Y eso fue poco después de que llegáramos aquí. –Wymez sonrió y agregó–: Y si es molesto encontrarse trozos de pedernal en la cama, deberías probar el polvo de marfil en la comida.

Los hombres, tan distintos, se sonreían mutuamente. Ayla se sintió aliviada al comprobar que estaban bromeando amistosamente. También había notado que, a pesar de las diferencias de color y facciones, se parecían en la sonrisa y en la forma de mover el cuerpo.

De pronto se oyeron gritos en el interior de la casa larga.

–¡No te entrometas, vieja! Esto es entre Fralie y yo.

Era una voz de hombre, el hombre del sexto hogar, el penúltimo. Ayla recordó que se lo habían presentado.

–¡No sé por qué te escogió a ti, Frebec! ¡Nunca debí permitirlo! –chilló la mujer.

Súbitamente apareció una anciana en la arcada; arrastraba consigo a una joven llorosa. Las seguían dos niños aturridos: uno, de siete años; el otro, de dos, con el trasero desnudo y el pulgar en la boca.

–Todo es culpa tuya. Ella te presta demasiada atención. ¿Por qué no dejas de entrometerte?

Todo el mundo les volvió la espalda. Habían oído lo mismo demasiadas veces. Pero Ayla lo observaba todo, asombrada. Ninguna mujer del clan se habría atrevido a discutir así con un hombre.

–Frebec y Crozie han empezado otra vez; no te preocupes –dijo Tronie.

Era la mujer del quinto hogar, el del Reno, según recordó Ayla. Estaba situado después del Hogar del Mamut, en donde ella y Jondalar se alojaban. La mujer sujetaba a un bebé contra el pecho.

Ayla había sido presentada poco antes a la joven madre vecina y se sentía atraída por ella. Tornec, su compañero, levantó al pequeño de tres años, que se apretaba contra la mujer, sin aceptar todavía al bebé que le había reemplazado junto al pecho de su madre. Eran una pareja cordial y enamorada; Ayla se alegró de estar hospedada junto a ellos y no junto a los que reñían. Manuv, que vivía con ellos, se había acercado a hablarle mientras comían, contándole que había sido el hombre del hogar cuando Tornec era joven; era hijo de una prima de Mamut. Dijo que pasaba mucho tiempo en el cuarto hogar, y eso alegró a Ayla, quien se entendía bien con los mayores.

No se sentía cómoda, en cambio, con el hogar del otro lado, el tercero. Allí vivía Ranec, quien lo llamaba Hogar del Zorro. El hombre moreno no le caía mal, pero Jondalar actuaba de modo extraño cuando lo tenía cerca. Sin embargo, era un hogar pequeño, con sólo dos hombres. Como ocupaba poco espacio en la casa larga, ella se sentía más cerca de Nezzie y Talut, los del segundo hogar, y de Rydag. También le gustaban los otros niños del Hogar del León, el de Talut: Latie y Ruggie, la hija menor de Nezzie, próxima en edad a Rydag. Ahora que conocía a Danug, también él le gustaba.

Talut se aproximó con la mujer corpulenta. Barzec y los niños les acompañaban, por lo que Ayla supuso que formaban pareja.

–Ayla, quiero presentarte a mi hermana, Tulie, del Hogar del Uro, la Mujer Que Manda del Campamento del León.

–Te saludo –dijo la mujer, alargando ambas manos a la manera formal–. En el nombre de Mut, te doy la bienvenida.

Como hermana del jefe, era su igual y tenía conciencia de sus responsabilidades.

–Te saludo, Tulie –replicó Ayla, tratando de no mirarla con fijeza.

Cuando Jondalar pudo ponerse en pie por primera vez, se había llevado una gran sorpresa al descubrir que la superaba en altura. Pero aún más asombroso resultaba ver una mujer más alta. Ayla siempre había sobrepasado a todos los del clan. Pero la jefa era más que alta: era musculosa y de aspecto fuerte. El único que la superaba en tamaño era su hermano. Ella tenía el porte que sólo la estatura y la corpulencia pueden dar, y la innegable seguridad de una mujer madre y jefa, completamente confiada y dueña de su propia vida.

Tulie notó, extrañada, el acento de su visitante, pero había otro problema que le interesaba más. Con la franqueza típica de los suyos, no vaciló en sacarlo a relucir.

–Cuando invité a Branag a volver con nosotros, no sabía que el Hogar de Mamut estaría ocupado. Él y Deegie se unirán este verano. El joven sólo pasará aquí unos pocos días; sé que ella deseaba tenerle para sí durante ese tiempo, lejos de sus hermanos. Puesto que tú eres una huésped, Deegie no te lo preguntará, pero le gustaría hospedarse en el Hogar de Mamut con Branag, si tú no te opones.

–Es grande hogar. Muchas camas. No opongo –dijo Ayla. Le hacía sentirse incómoda que le consultaran. Aquélla no era su casa.

Mientras conversaban, una joven salió de la vivienda, seguida por un hombre. Ayla miró dos veces. La muchacha tenía aproximadamente su misma edad, pero era corpulenta y un poco más alta. Su cabellera, de color castaño intenso, y su rostro amistoso la hacían bonita; por lo visto, su joven acompañante la encontraba muy atractiva. De cualquier modo, Ayla no prestó mucha atención a su aspecto físico: tenía la vista clavada en la vestimenta de la joven.

Llevaba pantalones-polainas y una túnica de cuero, cuyo color era muy similar al de su pelo: una túnica larga, profusamente decorada, de tonalidad ocre rojizo oscuro, abierta por delante y cerrada con un cinturón. El rojo era sagrado para el clan; entre las pertenencias de Ayla, sólo el saquito de Iza había sido teñido de ese color. Contenía las raíces utilizadas para hacer la bebida que se tomaba en las ceremonias especiales. Ella aún lo llevaba consigo, cuidadosamente guardado en su bolsa de medicinas, junto con varias hierbas secas con propiedades curativas. ¿Una túnica entera hecha de cuero rojo? Resultaba difícil de creer.

–¡Es tan bella! –dijo Ayla, antes de que las presentasen formalmente.

–¿Te gusta? Es para mis nupcias, cuando nos unamos. Me la dio la madre de Branag; tenía que ponérmela para enseñársela a todos.

–¡Yo nunca ver cosa así! –exclamó Ayla, abriendo mucho los ojos.

La joven quedó encantada.

–Tú eres la que llaman Ayla, ¿verdad? Yo soy Deegie y él se llama Branag. Dentro de pocos días tiene que marcharse –agregó, entristecida–, pero después del verano próximo estaremos juntos. Vamos a vivir con mi hermano, Tarneg. Ahora él vive con su mujer y la familia de ella, pero quiere instalar un campamento nuevo y ha insistido en que yo tome un compañero, para contar con una jefa.

Ayla vio que Tullie sonreía y hacía gestos de asentimiento a su hija. Entonces recordó la petición.

–Hogar tiene mucho sitio, muchas camas vacías, Deegie. ¿Estarás Hogar del Mamut con Branag? Él visitante también... si Mamut no niega. Es hogar de Mamut.

–Su primera mujer era la madre de mi abuela. He dormido muchas veces en su hogar. A Mamut no le molestará, ¿verdad? –agregó la joven al verle.

–Tú y Branag podéis quedaros, por supuesto, Deegie –dijo el anciano–. Pero recuerda que tal vez no puedas dormir mucho.

Deegie sonrió, ilusionada, en tanto Mamut proseguía:

–Como tenemos visitas, Danug ha vuelto después de un año de ausencia, se acercan tus nupcias y Wymez ha logrado éxito en su misión de traficante, creo que hay motivos para que esta noche nos reunamos en el Hogar del Mamut y contemos historias.

Todo el mundo sonrió. Esperaban el anuncio, pero eso no había disminuido las expectativas. Sabían que toda reunión en el Hogar del Mamut significaba el relato de las experiencias vividas, cuentos y leyendas, tal vez otros entretenimientos; esperaban con júbilo la velada, pues estaban ansiosos de tener noticias de otros campamentos y escuchar otra vez las historias ya conocidas. Además, les interesaba ver cómo reaccionaban los forasteros ante la vida y las aventuras de los miembros del campamento, y también escuchar lo que ellos tuvieran para relatar.

Jondalar también sabía en qué consistían aquellas reuniones. Eso le preocupó. ¿Contaría Ayla ciertos detalles de su propia historia? Y después, ¿sería igualmente bien recibida en el Campamento del León? Pensó llevarla aparte para ponerla sobre aviso, pero sabía que con eso no lograría sino enfadarla y llenarla de inquietud. En muchos aspectos, era como los mamutoi: directa y franca al expresar sus sentimientos. De cualquier modo, prevenirla no serviría de nada; ella no sabía mentir. Como mucho, podía negarse a hablar.